



Quise sentir la experiencia de vivir con lo que nos echaban en la gorra. Me puse en el lugar de esas personas.

—¿Y qué aprendió?

—Que no se debe abusar de la curiosidad. La curiosidad a veces puede faltar al respeto a estas personas en esta situación. Por supuesto, aprendí que hace falta muy poco para vivir y que la rabia hacia todo lo que está más allá de su realidad es lo que les ayuda a sobrevivir. Creo que cuando uno se excluye de la manada, ya no hay vuelta atrás. Te acabas haciendo esclavo. Yo no lo volvería a hacer.

—¿Ha coqueteado con las drogas?

—No, fíjese. Probé los porros y poco más. No me han atraído las drogas. El tabaco sí me enganchó. Y soy bebedor. Un gran bebedor social. Disfruto. Una comida con agua para mí es un castigo.

—¿Y qué bebe?

—Yo era muy cervecero, me tomaba mínimo dos litros al día. Pero me dejé la cerveza también y la he cambiado por el vermouth, el vino...

—¿Dejó la cerveza y el tabaco a la vez?

—Sí, el mismo día. Y quiero estar un año entero así, por lo menos.

—¡Menudo arrojo!

—Me gusta ponerme retos. Hombre, plantearte retos fáciles de cumplir es engañarte a ti mismo. Eso es una

«Viví quince días en la calle para saber lo que se sentía. No lo volvería a hacer»

«Lo que le pasa a la prima de riesgo es que no está buena»

«A veces me entran ganas irrefrenables de irme lejos»

mierda. Un reto de verdad es el que tiene carácter de puro desafío.

—Bueno, siempre le quedará el vino...

—¡Me encanta el vino! Y uno de los que más me gusta es Pago de Carraovejas (Ribera del Duero).

—Si nos ponemos a hablar de vino, no acabamos... ¿Pan y vino o caviar y champán?

—¿Han de ser excluyentes? Soy si-barita cuando puedo, pero me arreglo con un bocata de jamón, y también lo disfruto.

—¿Qué época le gustaría vivir?

—Roma tuvo períodos extraordinarios. Pero me quedo con la Transición. No me hubiera importado nacer en 1960, en vez de en el 76.

—¿Cómo disfruta el verano?

—En el Mar Menor. ¡Pero no me gusta bajar a la playa! Parece que llega el verano y la arena y el mar son propiedad privada de los bañistas. ¡Pues no! Pero me encantan los días largos, y los aprovecho paseando, leyendo y escribiendo. Antes me lo pasaba bien en la playa, con los patinetes y esas cosas.

—Dígame tres películas para ver este verano, ya que estamos...

—‘Cuento de verano’, de Éric Rohmer; ‘Entre copas’, de Alexander Payne; y ‘El verdugo’, de Berlanga.

—¿Quién es un maestro?

—El que sigue aprendiendo.

—¿Qué le enamora?

—Los atardeceres mandarina del Mar Menor. Puede parecer muy cursi, pero es así. Dan ganas de llorar...

—¿Recuerda la última vez que lloró? ¿Y por qué?

—Sí, hace un par de semanas. Lloré por impotencia.

—¿A quién le hubiera gustado enamorar?

—A Ingrid Bergman. Sobre todo en ‘Casablanca’.

—¿Qué tiene la prima de riesgo que no tienen otras primas?

—¡Que no está buena! (Risas)

—A veces le entran ganas irrefrenables de...

—De irme lejos, para bastante tiempo. ¡Y sin móvil!

—¿Y qué se lo impide?

—El miedo a encontrarme lo mismo que aquí.

—¿Le gustan los disfraces?

—Sí, me disfrazaba de pequeño y me disfrazo ahora. De niño tenía un traje de Spiderman que me encantaba...

—¿Es usted de tierra, mar o aire?

—De mar, de mar.

Con complejos

—¿Qué le avergüenza?

—Defraudar a los demás. A los que me importan, claro. Los otros que se jodan. (Risas)

—¿Tiene complejos?

—¿Y quién no?

—No sé... ¿Cuáles son los suyos?

—Me gustaría perder unos kilos...

—¿A quién le leería un poema?

—A cualquiera que quiera escucharlo. La poesía no es un coto privado. Pero el último que dediqué, así más personal, fue a un subsahariano que sonreía en una fotografía. Estaba en una especie de campo de concentración, cerca de Melilla.

—¿A quién le dedicó el primero?

—A mi madre.

—¿Qué palabra le gusta especialmente?

—Pues mire, ‘grulla’ me gusta mucho. El bicho es patilargo y discreto, pero con un vuelo bonito, aunque no demasiado. Lo demasiado siempre estorba. Y la belleza tiene que ver mucho con la imperfección. La grulla me parece más bonita, también en cuanto a palabra, que cualquier ave majestuosa con un nombre muy eufónico.

—¿Y qué palabra le irrita?

—(Decidido) Anteriormente. ¡Pentasilaba! Y con ‘antes’, que es bisilaba, se dice lo mismo. ¡Qué manía de estirar el idioma!

—¿Qué refrán le seduce?

—A quien madruga Dios le ayuda porque no por mucho madrugar amanece más temprano...

—¿Cómo?

—Sí, es un absurdo. Se lo explico. Es que yo no soy nada refranero, es una tomadura de pelo. Siempre hay un refrán que tiene su reverso. Y trato de juntar siempre el anverso y el reverso. Si los juntas, te das cuenta de lo ridículos que son los refranes.

—¿Qué noticia le gustaría vivir?

—La de que se construyen cinco millones de cárceles para meter en ellas a todos los sinvergüenzas que nos han traído hasta donde estamos. Y a ser posible, en alguna isla perdida.

—¿De qué color es el horizonte?

—Del que cada uno lo pinte.

—¿Qué recortaría de la sociedad?

—El pensamiento único.

—¿Nos acercamos al mundo feliz del que hablaba Aldous Huxley?

—¡Sí! El Estado será lo que nosotros queramos que sea. Pero tiene narices que sea subversivo decir esto, o arengar a la gente a decir ‘así, no’, ‘no en mi nombre’. La mordaza se extiende de una forma preocupante...

CON LA BOCA PEQUEÑA

FUENSANTA CARRERES

DEPREDADORES NATOS



Poner un pie en la arena y revolverse en pequeños salvajes sin piedad, incapaces de observar un cangrejo sin lanzarle una piedra o arrancarle las patas, cediendo al instinto depredador, es uno. Pescar, cazar y matar embriagados de emoción y adrenalina por capturar. Se les dice que cazar es malo, que ya no es necesario, pero se les deja horas frente al televisor hasta que sus cerebros terminan odiando a Bob Esponja para siempre.

En un mar repleto de medusas, los especímenes más aptos y fuertes del grupo toman las primeras posiciones en la orilla y exhiben orgullosos sus redes cangrejeras chorreando tentáculos viscosos. Cala Dorada amanece sembrada de medusas, no hay baño para nadie, toca depredar.

El más fuerte, el más rápido, el más hábil, el cazador, está pronto rodeado de ayudantes presurosos para hacerles de guía. Otros vigilan el horizonte, el último grupo cava un hoyo profundo en la arena pedregosa para enterrar después la caza. «Así nadie las pisará ni les picarán», resuelven creyéndose responsables salvadores del mundo en peligro. No necesitan sentarse en asamblea para dirimir quién es el legítimo poseedor de la caracola que será utilizada como símbolo de poder y potestad. Pequeños salvajes de dilatada barriga y taparrabos de las rebajas de El Corte Inglés que se sueñan naufragos y abandonados en una isla desierta, sin reglas ni horarios, organizados con precisión, la sociedad perfecta. Pero la caracola se rompe; unos quieren acabar con todas las presas, otros organizar el rescate, y el tercer grupo insiste en que hay que aprovisionar agua y panchitos. Rivalidades, odios y miedos que ponen cara al Señor de las Moscas y convierten la experiencia en la isla en otra sociedad viciada.

La caracola se rompe, y la tribu perfecta sella su disolución a empujones, patadas y escupitajos, se veía venir. Guerra todos contra todos y fin de la fiesta. Se acabó el juego.